

La ciudad vista por Guillermo Pérez Villalta

Guillermo Pérez Villalta nace en 1948 en Tarifa. Reside sucesivamente en La Línea de la Concepción, Málaga y Madrid. Comienza a pintar de un modo continuo en 1965 y desde entonces ha expuesto periódicamente su obra. Fernando Savater nació en San Sebastián en 1947. Es doctor en Filosofía por la Universidad Complutense. Ha colaborado en numerosas revistas y periódicos sobre temas filosóficos, políticos, literarios y con artículos humorísticos.

El viajero no llegará a la ciudad por aire: el dirigible verniano desde cuyo comedor altivo y funcional puede contemplarla nunca se detiene en ella, siempre pasa de largo, hacia el puerto solar que le espera en una altiplanicie andina donde le renuevan el hidrógeno incas mecánicos. Desde el dirigible se ve que los laberintos periféricos son como esbozos abandonados de la ciudad o como emblemas de ella, en los que se prescinde de lo accesorio —el cobijo— y se conserva lo esencial —la divina confusión. A los siempre algo distraídos, estratosféricos, ocupantes del dirigible lo que más les intriga de la ciudad son esos visillos que ondean como si una niña de primera comunión hiciese señales con su velo para pedir auxilio desde la isla perdida en donde la tiene abandonada su futuro novio. En cambio les inquieta un poco esa cúpula redonda, con un agujero central, desde la que un astrónomo molesto porque le tapan las estrellas les puede lanzar una peligrosa mirada incendiaria...

El viajero ha de llegar por mar, en el blanco paquebote todo sirenas y ojos de buey, como un barco de uniforme. Entrará así en la ciudad por la avenida de truncados obeliscos y palmeras que saludan con elegante júbilo: pero quizá no saludan al que llega, sino unas a otras y todas al desdeñoso dirigible. El viajero comenzará a subir la primera gran escalera —¡tantas le quedan todavía y puede que no lo sepa!— pero, al ver que se remonta, querrá volverse un momento y despedirse del mar. Luego recordará este gesto, porque la ciudad se alza también en olas y se hunde en callejas abismales, es un arrecife coralino, el regalo bellísimo pero algo fúnebre de las madréporas; la ciudad conoce la resaca irresistible pues así tira algo del viajero desde la esquina que ha de volver a los diez pasos. Al recién llegado le sorprenden los muchos conos cristalinos, mitad peceras y mitad palomares, que devuelven desde los altos tejados su luz al sol: siempre parece

atisbarse a través de ellos sombras como de alas o de peces que dan vueltas, perdidos en la engañosa transparencia de su encierro. Acaba de llegar, como quien dice, y ya nota el viajero que la ciudad, sus terrazas de ordenación nada obvia, sus pasajes encristalados, las fuentes que oye y no ve, todo tiene un secreto que le va a ser revelado. No un secreto pavoroso ni tampoco algo plenamente significativo, algo que satisfaga para siempre: no, la ciudad encierra un discreto enigma, un tolerable desconcierto tan peculiar como ella misma. Si el viajero lo entiende o, como es más probable, cree entenderlo algún día, eso no le impedirá volverse libremente al paquebote y al mar. Pero mientras la fascinación de no haber captado del todo le dure —ahora, recién llegado, la siente crecer untuosamente en su pecho, con suavidad de piscina que se llena— quedará prisionero de ese misterio irrelevante y perentorio cuyo azoro se le parece, pues de un modo u otro le define.



Guillermo Perez Villalta
1977
Noi Die